



Martin Suter

# Melody

Traducción del alemán de Belén Santana



Galaxia Gutenberg

MARTIN SUTER

# Melody

Traducción de Belén Santana

Galaxia Gutenberg

Con el apoyo de la Fundación Suiza para la cultura Pro Helvetia

fundación suiza para la cultura

**prohelvetia**

Título de la edición original: *Melody*  
Traducción del alemán: Belén Santana López

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2025

© Diogenes Verlag AG, Zúrich, 2023  
Reservados todos los derechos  
© de la traducción: Belén Santana, 2025  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: gama, sl  
Impresión y encuadernación: Sagrific  
Depósito legal:  
ISBN: 978-84-10107-79-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Margrith y Ana*

## PRIMERA PARTE

## I

Hacía de todo, pero no le servía de nada.

Tom estaba frente al espejo, anudándose la corbata. Había adquirido cierta práctica después de tantas entrevistas. Al principio no se la ponía, pues no buscaba un trabajo que requiriese ir de traje. Siempre pensó que su expediente hablaría por sí solo, pero, entretanto, había tenido que «doblar la cerviz», como solía decir su padre. A Tom siempre le pareció una expresión anticuada, pero tenía claro lo que significaba, de modo que allí estaba él, dispuesto a apearse del burro y a remangarse, pero de traje y corbata.

Había cursado una doble titulación: tenía un máster en Derecho por una universidad suiza y otro por el King's College de Londres. En sacarse este último invirtió dos años más, no estaba apurado por terminar. Su padre le pagaba los estudios, de modo que Tom no tenía ningún motivo para empezar a trabajar ni tampoco especial interés.

En un primer momento pensó en irse a Nueva York y presentarse al examen para poder ejercer allí la abogacía, pero, poco antes de partir, su acaudalado padre se quitó la vida: descubrieron que estaba asfixiado por las deudas.

Tras el divorcio, su madre se había ido a vivir a Canadá con un ingeniero forestal. A ella no podía recurrir, así que Tom se vio obligado a ganarse la vida por su cuenta, lo cual le estaba resultando más difícil de lo esperado. Llevaba seis semanas buscando trabajo y, a esas alturas, ya ni siquiera le importaba que no fuese de lo suyo.

Del puesto al que se iba a presentar esa mañana se había enterado a la antigua usanza, a través de un anuncio por palabras publicado en el periódico:

Se busca hombre joven, responsable y con estudios para gestionar herencia. Se valorarán conocimientos jurídicos. Jornada completa. Remuneración justa.

El anuncio remitía a un apartado de correos, lo cual también estaba bastante anticuado. Tras enviar el currículum y la típica carta de motivación, Tom dio su solicitud por presentada.

En realidad, sí que le servía de algo. Lo hacía para poder demostrar que buscaba trabajo activamente, aunque sólo le diesen negativas. Era el requisito para cobrar el subsidio.

Ese era su máximo logro: ser un desempleado, pero pronto tendría que echarle valor y darse de alta en la oficina del paro. Y eso él, Tom Elmer, de 30 años, doble máster en Derecho. Si aquello no era doblar la cerviz...

Entonces llegó la carta. Remitente: Dr. Peter Stotz, Weilstammweg 12, Zúrich. Apenas eran unas frases en las que se hacía referencia a la solicitud de Tom y lo citaban para una entrevista que tendría lugar el viernes siguiente a las 9:30 h, al tiempo que le rogaban un breve «acuse de recibo por vía postal».

Tom confirmó la cita.

Eran las siete menos cuarto. No recordaba la última vez que se había levantado a esas horas. Tampoco si en aquella ocasión entraba o salía.

Tras ajustarse el nudo de la corbata, se volvió a mirar en el espejo. Se había arreglado expresamente la barba. Hasta ese punto había llegado.

Las señas pertenecían a un lujoso barrio residencial de calles intrincadas. La casa situada junto al número 12 de Weilstammweg estaba rodeada de unos postes que delimitaban una zona de obras a la vez que anunciaban las dimensiones de la futura edificación.

Tom se encontraba frente al portón de acceso al jardín de una villa neoclásica del siglo XIX, grande y bien proporcionada.

Todo parecía indicar que, en los años veinte y treinta del siglo pasado, habían vendido partes de la finca original para construir nuevas casas, tanto unifamiliares como de varios vecinos, de modo que el jardín se había quedado un poco pequeño para semejante mansión, una construcción de color amarillo que, además, quedaba casi arrinconada por dos enormes abetos rojos de unos veinte metros de alto. La entrada estaba flanqueada por dos columnas que soportaban un balcón. En el frontispicio, en letras doradas, figuraba la siguiente inscripción: *Tempus fugit, amor manet*. Esa parte parecía recién restaurada y ofrecía un curioso contraste con el resto del edificio, bastante deteriorado por el efecto de la intemperie.

En la placa de latón ennegrecido que había encima del timbre ponía «Dr. P.S.» Tom llamó.

Pasó un buen rato hasta que se oyó un zumbido y el portón de hierro forjado cedió. Tom subió los tres peldaños de granito que conducían hasta un camino de losas. En las juntas había crecido el musgo; los arriates que había a ambos lados estaban cubiertos de helechos.

Tras avanzar unos cuantos pasos, el joven llegó a una esquina de la casa, donde el camino se bifurcaba en dos: a la derecha estaba la entrada principal y, si seguía recto, bordeando la fachada cubierta de hiedra, llegaba a una puerta situada entre dos ventanas, estrechas y enrejadas. La puerta estaba abierta, y allí lo esperaba una señora mayor vestida con un delantal y de pelo blanco como la nieve, recogido en una coleta muy tirante.

–Señor Elmer –dijo ella con un fuerte acento extranjero, parecía italiano o español.

Junto a la puerta había otra placa de latón, esta sí, reluciente. «Suministros», rezaba la inscripción.

La mujer lo condujo a través de un pasillo; tras pasar junto a un *office* y a una cocina de la que provenía un aroma a café llegaron al vestíbulo. La mujer le pidió que esperase.

Por cada lado salía una escalera en curva que terminaba en una galería. Del centro colgaba una araña de latón con velas eléctricas. Entre dos de las puertas que conducían a las distintas estancias de la planta baja había un pequeño tresillo. De la pared de enfrente colgaba un gran espejo oval, lujosamente enmarcado en oro.

Olía a tabaco de pipa, a café humeante y a un tiempo remoto.

La mujer regresó.

–Por aquí –dijo señalando la puerta por la que ella misma acababa de salir.

Tom la siguió y accedió a un salón, repleto de estanterías de libros. La chimenea estaba encendida y, frente a ella, vio a un anciano fumando en pipa, con el cuerpo casi hundido en un sillón de piel. En aquel rostro consumido, recubierto por una piel pálida, casi transparente, destacaban unas cejas pobladas, negras como el carbón. El cabello, peinado hacia atrás, era plateado y espeso, y su raíz invadía la frente, que destacaba por ser muy lisa. El cuello enjuto asomaba por una camisa que le venía grande, a juego con una corbata anudada con esmero. El traje que llevaba puesto tenía demasiado tejido para un cuerpo tan delgado.

–Siéntese, a mí ya me cuesta levantarme –dijo el anciano a modo de saludo, sin hacer siquiera ademán de tender la mano a Tom. Al momento, se dirigió al ama de llaves en italiano–. Mariella, pregunte al señor Elmer cómo le gusta el café.

Tom lo pidió solo y con azúcar.

Mientras esperaban, el anciano escrutó al joven en silencio. Sólo cuando Mariella hubo servido el café reanudó la conversación.

–Evidentemente, usted está sobrecualificado para este puesto.

Tom asintió.

–¿Y eso es un problema?

–Las personas sobrecualificadas se suelen ir pronto.

El joven no supo bien qué responder, de modo que acabó optando por la sinceridad.

–En eso tiene usted razón.

Stotz dio tres caladas a la pipa, que estaba a punto de extinguirse. Cuando volvió a salir el humo continuó hablando tranquilamente.

–Busco a alguien a largo plazo.

–¿Por cuánto tiempo?

–No soy eterno –respondió el anciano y se echó a reír, con una pizca de amargura.

–¿Tiene usted una idea aproximada?

–Los médicos me han dado un año.

–Entiendo –respondió Tom, algo sobresaltado por la respuesta.

Un silencio reflexivo se apoderó del espacio.

La pipa emitía un ligero gorgoteo acompasado; el viejo se la sacó de la boca y la dejó en el cenicero, con la cazoleta hacia abajo. Seguía sin decir nada y se limitaba a observar a Tom, como queriendo leer sus pensamientos, cosa que lograba.

Tom había buscado a Stotz en Google. Resultó que, en su día, había sido una persona muy influyente: diputado en el Consejo Nacional, miembro del Partido Liberal, representante del poder económico y alguien con mucho dinero, de esos que

hacen reyes. En el mundo de las finanzas había desempeñado un importante papel como miembro del consejo de administración de diversos bancos, compañías aseguradoras y empresas de maquinaria industrial. Además, había ejercido como mecenas y, durante mucho tiempo, perteneció al Patronato de la Ópera, que presidió durante once años.

Todo eso había ocurrido antes de que Tom naciera, pero su padre, sin duda, hubiese sabido ubicar ese apellido: Stotz.

Stotz ofreció a Tom un contrato por un año, sin posibilidad de rescisión por ninguna de las partes. En un primer momento el joven dudó, hasta que tocaron el tema del salario: doce mil francos suizos para empezar. Manutención y alojamiento aparte.

–¿Alojamiento? –preguntó Tom.

–Vivirá en esta casa –respondió Stotz.

Al instante, el anciano tanteó la alfombra con la punta del pie, como buscando un punto en concreto, y después pisó con relativa fuerza. Tras retirar el pie, Tom se fijó en un pequeño resalte que había bajo la alfombra: era un timbre. Mariella apareció al momento, confirmando así su conjetura.

–Muestre al señor Elmer el apartamento de invitados.

Tom siguió a Mariella escaleras arriba. Al hacerlo, reparó en cómo ella se aferraba a la barandilla con la mano izquierda para después apoyarse y tirar de las piernas, logrando así aligerar el peso. La alfombra era de color granate, estaba algo raída y sujeta a los peldaños con unas barras de latón; además, faltaban dos balaustres de madera labrada. De las paredes colgaban unas acuarelas constructivistas, obra de alguien que debía de haber estudiado en profundidad a Mondrian.

Tras llegar al último escalón, la barandilla giraba hacia la galería del vestíbulo superior, desde la cual se veía el de abajo. Las puertas de esa primera planta conducirían probablemente a los dormitorios y los vestidores. Al fondo había otra escalera para subir al desván.

Hasta allí lo guio el ama de llaves, para lo cual aún tuvieron que atravesar otra gran sala llena de puertas, seguida de un corto pasillo. En una de las puertas, hecha de nogal, estaba grabada la palabra «Invitados» en madera más clara.

Ambos accedieron a una habitación sin muebles.

—Este es el salón —le explicó Mariella.

Allí olía a pintura y a productos de limpieza, como si estuviesen en un piso a estrenar. Tras abrir la ventana, Tom comprobó que las vistas no eran especialmente atractivas: el cuarto daba a un edificio de viviendas de tres plantas y dudosa arquitectura.

En el salón había otra puerta que conducía a una cocina minúscula y a una segunda habitación, casi igual de grande y también vacía: era el dormitorio. Desde allí se accedía al baño, completamente reformado. Mucho mármol gris, una ducha amplia, una bañera y una puerta que separaba el inodoro, con grifo incorporado. La ventana era de cristal opaco. Tom la abrió. También por ese lado la villa daba a un edificio de viviendas.

—¿Le gusta? —preguntó Mariella.

—No está mal —respondió el joven.

El ama de llaves lo miró, como esperando alguna pregunta. Al comprobar que no tenía ninguna, lo volvió a guiar ceremoniosamente por todas las habitaciones, de regreso al vestíbulo inferior. Fue entonces cuando Tom reparó en un óleo. Era el retrato de una joven, sentada junto a una estantería de libros, con un volumen abierto sobre el regazo. La chica alzaba los ojos y miraba interrogante, como si el espectador hubiese interrumpido su lectura. Parte de la melena oscura le caía sobre el hombro derecho, tapando el escote de una blusa amarilla. Tenía unos labios carnosos, del mismo rojo que el collar, que destacaban sobre una tez clara. El azul de sus ojos y el negro del cabello y de las pestañas también contrastaban con el tono de piel.

Los lomos de los libros que había en la estantería absorbían los colores de la mujer del retrato.

El cuadro era grande, de formato vertical, y estaba pintado en un estilo naturalista que denotaba una torpeza hasta cierto punto ingenua.

Tom se detuvo ante él.

–*Bellissima, vero?* –dijo Mariella, más bien para sí misma.

Cuando regresaron junto a la chimenea, el anciano dejó el libro sobre la mesita baja pegada al sillón y colocó encima la enorme lupa con la que había estado leyendo.

–No está amueblado. He pensado que preferiría traer sus cosas.

–Aún no sabe si voy a aceptar. –Tom sonó sorprendido.

–Ah, bueno, ¿entonces no acepta?

El joven apenas dudó un instante:

–Sí, acepto.

–Pues eso.

Tom sonrió.

–Pero usted no podía saberlo.

–Tratándose de 144.000 al año más manutención y alojamiento, era poco probable que lo rechazara.

Stotz estiró su mano huesuda para coger una pequeña carpeta de cartón verde. Después la abrió y sacó dos contratos a nombre de Tom que contenían dos cláusulas de las que aún no habían hablado. Primera: El empleador se hará cargo de los gastos de mudanza y alquiler del piso actual hasta que finalice el contrato de arrendamiento. Segundo: El empleado tiene derecho a seis semanas de vacaciones bajo petición expresa de no ser remuneradas en días de uso y disfrute sino mediante una compensación económica.

Ninguna de las partes podía rescindir el contrato hasta pasado un año, a contar desde la fecha de la firma.

Tom firmó.

Era la primera vez que Tom contrataba a una empresa de mudanzas. Él o, mejor dicho, su padre, se lo podían permitir de sobra, pero, entre estudiantes, lo habitual era echarse una mano.

De modo que allí estaba él, en su nuevo apartamento, dando instrucciones a los operarios. En realidad, no era mucho lo que había que cargar. De su piso de cuatro habitaciones sólo había seleccionado las mejores piezas para llevárselas a los dos cuartos que le correspondían en la mansión de Stotz: un tresillo de los años treinta y la mesa *art déco*, ambos comprados cuando vivía en Londres. El resto de las cosas las regaló o las tiró.

En Londres había descubierto el gusto por ese estilo de muebles. Una compañera de carrera (en realidad, algo más que eso) que venía de muy buena familia le había enseñado a apreciarlo. Pese a la generosidad paterna, aquella afición estaba por encima de sus posibilidades, aunque, visto en perspectiva, las dos o tres piezas que se pudo permitir resultaron una buena inversión. Incluso en tiempos difíciles había logrado venderlas no a su precio real, pero sí por una cantidad más que aceptable.

El tresillo y el escritorio eran todos sus recuerdos de esa época. El resto de mobiliario que se había llevado era más bien práctico: una cama de matrimonio con el armazón de acero y una estantería de abedul bastante ligera para poner los libros. A esto había que sumar los aparatos electrónicos: el portátil, la impresora, un proyector para ver la televisión e internet en di-

recto, unos altavoces de alta gama y el tocadiscos para su colección de vinilos.

A las diez en punto, Mariella les trajo pan, una pieza de carne asada con embutido y cerveza.

–¿Tiene usted algo sin alcohol? –preguntó el jefe de la cuadrilla, aunque no tuviese pinta de decir que no a una cervecita.

–*Scusi* –respondió Mariella–, este solía ser el tentempié de los mozos, claro que hace más de cuarenta años de mi última mudanza.

–Hoy ya no nos dejan beber en horario de trabajo –se justificó el jefe, con una sonrisa resignada.

Tom acompañó a Mariella a la cocina y se ocupó de preparar los refrescos, más que nada por ahorrarle a la anciana el esfuerzo de subir las escaleras, pero también para ir ganándose su confianza. Al fin y al cabo, iba a tener que tratarla durante un año.

El servicio de la empresa de mudanzas llegaba al punto de que los operarios lo ayudaron a colgar los cuadros. En su época más boyante, Tom había comprado varios, pero sólo de artistas de su círculo más próximo, pues le resultaba más sencillo establecer un vínculo con la obra si existía una relación previa con su creador.

Además, con los cuadros le ocurría lo contrario que con los muebles: Tom era incapaz de desprenderse de ellos. Así, los operarios se despidieron habiendo colgado varias obras de más, pero cada una de ellas contribuiría a que el joven se sintiese a gusto en su nuevo domicilio.

Las flores de los dos frutales (¿serían manzanos?, ¿o quizá cerezos?) eran los últimos destellos de claridad visibles bajo la penumbra del jardín.

En algunas ventanas del edificio de enfrente ya estaba la luz encendida. Tom sacó del frigorífico una de las cervezas rechazadas por los operarios y comenzó a bebérsela a pequeños sorbos. Antes la habría acompañado de uno de sus cuatro cigarrillos diarios: uno después del desayuno, otro después del almuerzo, otro al acabar la jornada y otro después de cenar. Y otro después del goce amoroso.

Hacía un año que había dejado el tabaco y seis semanas que había dejado el amor. Lo primero lo tenía pensado desde hacía tiempo. Eso de fumar le parecía un pecado juvenil y, habiendo cumplido los treinta, de joven ya no tenía nada.

Lo del amor, sin embargo, no estaba previsto, como le había ocurrido con la muerte de su padre. Y tampoco tenía que ver con eso. Ariane, la que había sido su novia formal durante ese último año, empezó en un momento dado a sentir cierto «distanciamiento emocional», o eso le dijo.

A Tom le pareció que aquello tenía más bien que ver con su nueva situación económica.

En ese momento llamaron a la puerta y entró Mariella, algo sofocada. Tras entregarle un sobre, el ama de llaves se quedó allí de pie, como dudando.

Tom la miró interrogante.

—He de esperar su respuesta —explicó la mujer.

Tom abrió el sobre y leyó el contenido:

*Dr. P. S.*

*Estimado señor Elmer:*

*Bienvenido a Villa Aurora.*

*A menos que tenga otros planes, me gustaría obsequiarlo con una cena de bienvenida.*

*Muy atentamente,*

*Dr. Peter Stotz*

*20 h, Business formal*

Tom levantó la vista y se topó con la mirada expectante de Mariella.

–¿Acepta usted la invitación? –preguntó el ama de llaves.

–Con mucho gusto –respondió el joven.

Cuando Mariella se hubo marchado, Tom se sentó al escritorio, abrió el portátil y buscó «*Business formal*» en Google.

Era un código de vestimenta: traje oscuro (negro o azul marino), camisa blanca, corbata y zapatos negros de piel lisa.

Traje oscuro tenía; camisa blanca también, pero sus únicos zapatos negros eran tipo Oxford, de cuero repujado, y parecían como de golf. No tenía otros, de modo que su anfitrión tendría que hacer la vista gorda.

En la ducha había una alcachofa fija, otra manual y unos chorros de masaje que salían de la pared. Tom cerró los ojos y empezó a disfrutar del ligero impacto del agua caliente sobre la piel.

«Espero que el viejo dure algo más de un año», pensó.

El nudo de la corbata le seguía costando un poco. Al mirarse al espejo sonrió: «Ya ves, al final te ha tocado ir de traje», se dijo por lo bajo.